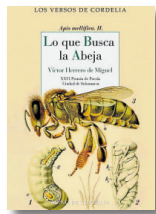


Lo que busca la abeja

Víctor Herrero



Reino de Cordelia
112 páginas
12,95 euros

FERMÍN HERRERO

Víctor Herrero obtuvo con 'Lo que busca la abeja' el último premio de poesía Ciudad de Salamanca y ya desde su título, corroborado luego al leer el poema de idéntico encabezamiento, me acordé de aquel aserto algo enigmático de Rainer Maria Rilke, el poeta por antonomasia, nato, a tiempo completo: «Los poetas somos las abejas de lo invisible». De hecho el poema termina así: «preferir siempre lo invisible –el dorso/de la piedra empapada de rocío–, /lo mínimo, lo que busca la abeja, /el grano que el amor transforma en pan».

Por la solapa de 'La balanza', libro también de poesía, su primero, con el que el año pasado echó el cierre, por desgracia, la editorial jerezana, con nombre de ascendente machadiano, Canto y Cuento, a cargo y al cuidado del gran poeta José Mateos, sabíamos que Herrero es salmantino del 1980 y poco más. Escuetamente se nos informaba de su condición de fraile capuchino y de profesor de literatura bíblica. Con anterioridad había publicado dos ensayos: 'Tristeza' y 'La casa sin paredes de la vida'. De manera aún más sucinta si cabe, resumía en ese libro de poesía inicial, en «Lo que cabe del poema», lo crucial de su biografía, su fe de vida: «A los veinte años hice voto de pobreza, /me corté el cabello /y me fui cerca de los pájaros [...] nada he hecho mejor que dormir/desnudo y confiado». En este último verso parece reverberar la excepcional poesía, afirmativa e himnica, de su paisano Juan Antonio González Iglesias.

Ahora, en las páginas de 'Lo que busca la abeja', ha agavillado una cincuentena de poemas de una desnudez estremecedora, difícilísima de alcanzar, más que poesía parece que ha vertido directamente en el verso esa elección vital. Da la impresión, incluso, de que el poeta sale indemne de toda vanidad inherente al ejercicio de la propia poesía, tal vez porque, de forma inaudita, no mancilla en absoluto lo que nombra. Lo que

UNAS MIGAS DE PAN EN EL ALFÉIZAR

El último premio de poesía Ciudad de Salamanca, 'Lo que busca la abeja', de Víctor Herrero, agavilla una cincuentena de poemas de una desnudez estremecedora, difícil de alcanzar



Víctor Herrero // OSKAR MONTERO

se recoge de su cosecha en la solapa del reciente libro de poemas, excelente como el mismo Herrero dice, de Lola Mascarell, 'Préstame tu voz', que la autora valenciana «convierte la propia voz en atril donde susurrar el paso del tiempo, el significado de los gestos, los lugares pequeños donde la epifanía elige mostrarse. Hay en su poesía aroma de bien» es aplicable por completo al suyo.

Como toda poesía verdadera, la de este autor es bastante refractaria a la hermenéutica. Es más, cualquier intento de

exégesis de sus palabras, de su verbo como transposición del universo entero, cabría decir con más propiedad, se me antoja, aparte de ociosa y prescindible, como suele serlo siempre la crítica literaria, de todo punto un chafarrinón que no se merece. Pero, nobleza obliga, pienso terminar la recensión del libro de este erudito, lingüista y etimólogo, que domina, a tenor de sus poemas, el hebreo, el griego, el latín y el sánscrito, que igual acude en sus versos al místico medieval Ricardo de San Víctor («ubi

amor, ibi oculus») o a 'La Divina comedia' que a Marguerite de Yourcenar o a Simone Weil.

Estamos ante una poesía de raíz bobiniana, tan rara por estos lares, vitalista («la vida, en cada átomo, se da»), celebrativa, del aquí y el ahora, de apertura, de amanecida constante, que responde plena, íntegramente, a la cita inicial de Horacio: «Me esfuerzo en buscar lo verdadero y conveniente y me vuelco en ello por entero». Para conseguirlo, la voluntad se incardina en la fe ya en el primer poema, en el que una

piedra se convierte en un trozo de pan, se manifiesta una y otra vez, a través del amor (si logras vivir con amor un día...), que todo lo mueve y traspasa, llevado siempre por «un impulso de claridad», hasta acercarnos a lo prodigioso de lo real, a su maravilla: «creo que en lo real está la dicha». Pero no se trata de embellecer, de idealizar, ni siquiera de santificar lo vivido, sino de sacralizarlo, a partir de la atención a los matices, el cuidado al elegir las palabras no emponzoñadas, la reivindicación de la lentitud extrema, la purificación hasta en el dolor, el viaje que en sí mismo transforma e ilumina si nos dejamos ir y, como decíamos, sobre todo, lo amoroso como centro, eje de luz, frente al poder y lo político.

Sobre el sedimento fundamental, el humus de lo bíblico, se conjuga lo franciscano, mucho, como «hermano de las nubes y de la tierra seca» (según un verso proverbial de Borges, tanto Whitman como Francisco de Asís, «ya escribieron su poema») con lo místico, poco, intertextual: «atravesaron fuertes y fronteras». La transparencia expresiva, de una naturalidad que sobrecoge, no se anquilosa retóricamente por estar sustentada en un clasicismo rítmico, con apoyatura tanto en el verso culto por excelencia, el endecasílabo, como en el popular y tradicional, el octosílabo, ni siquiera cuando el autor se atreve con la décima espínola o con la blanca.

En la estela de la triada platónica (verdad, belleza, bondad), seguro de que «el fondo de la vida es el bien» y de que «imaginar el bien es casi hacerlo», su mirada limpia, acogedora hacia todas las cosas, congrega, «entre tanta confusión» reinante, de manera armónica, el silencio, la inocencia fruto del despojamiento extremo, la quietud como «ofrenda» y la alegría, prescrita por Kafka, «como ave que se posa», mediante epifanías, más bien hierofanías, mínimas, de andar descalzo por el mundo, procurándose y procurándonos, de paso, consuelo, bien sea en la música de Bach el divino, bálsamo para las llagas y penas de la existencia, en las antiguas glorias de las casas castellanas, en «los ángeles de Giotto» o en «los estambres de las flores». O, en el poema final, en el pan que el poeta parte en trocitos y deja sobre la repisa de la ventana para que «un mirlo sonámbulo lo encuentre /y nutra con la miga /su vuelo de mañana». Igual que al lector nos alimenta y conforta el verso cristalino y luminoso de Herrero. ■